

# Sangría

Revista de terror y novela negra

Año 2 Número 5



Sangría, revista de terror y novela negra, año 2, No. 5, 2023, es una Publicación cuatrimestral editada y publicada por Bruno Cayetano Pérez Munguía, Avenida Trujillo 216, Colonia Hacienda de Santa Fe, Tlajomulco de Zúñiga, C.P. 45653, Jalisco, Tel.: 3311893499, correo electrónico: [somosrevistasangria@gmail.com](mailto:somosrevistasangria@gmail.com), [editorial@revistasangria.com](mailto:editorial@revistasangria.com). Reserva de derechos al uso exclusivo on-line e impreso: en trámite, ISSN on-line e impreso: en trámite, ambos otorgados por el Instituto Nacional de Derechos de Autor. Maquetada por Bruno Cayetano Pérez Munguía, Avenida Trujillo 216, Colonia Hacienda de Santa Fe, Tlajomulco de Zúñiga, C.P. 45653, Jalisco, Tel.: 3310050278, correo electrónico: [bruno.perez@revistasangria.com](mailto:bruno.perez@revistasangria.com). Las opiniones expresadas por los autores no están basadas en las posturas del editor ni de la revista. Se permite el uso del material incluido y la reproducción de su contenido para trabajos académicos o de otra índole, siempre y cuando se cite la fuente.

## **Dirección general**

*Bruno Cayetano Pérez Munguía*  
*Ana Paulina Murguía Fabián*

## **Coordinación y cuidado editorial**

*Ana Paulina Murguía Fabián*  
*Bruno Cayetano Pérez Munguía*

## **Diagramación y diseño**

*Bruno Cayetano Pérez Munguía*

## **Comité editorial y corrección**

*Ana Paulina Murguía Fabian*  
*Bruno Pérez Munguía*

# CONTENIDO

## *Narrativa*

---

Ambrosía	6
<i>Zadamanto</i>	
El bosque donde las sombras bailan	9
<i>Mafer Sánchez</i>	
El hombre del poste	11
<i>José Servín</i>	
La risa	12
<i>José Roberto Serrano Hernández</i>	
Luces fuera	15
<i>Yuli Itzel Flores Hernández</i>	
Purificación	18
<i>Leslie Macías</i>	
Sonambulismo	19
<i>Hiram Osiris</i>	
Tili	22
<i>Estrella Gracia González</i>	

## *Poesía*

---

Concierto en el inframundo	24
<i>Liliana Parra</i>	
La violencia del Morado	25
<i>Ru Becerra</i>	
Quemando sueños	26
<i>Emilio Prieto Palavecino</i>	
Yo no sé si existan los fantasmas	27
<i>Jorge Alberto Rascón</i>	

## *Ilustración*

---

*Paranoia* 28

*Rey rata* 29

*Bryan Yanez*

El cuadro en la pared 30

*Yuraima Trujillo*

## *Microrrelato*

---

El regalo 30

*Liz Magenta*

La curiosidad no mató al gato 31

*Héctor Daniel Olivera*

La cabaña 31

*Silvia Carus*

La Picadura Roja 32

*Efrain Nadal de Choudens*

Zumbido 32

*Karla Hernández Jiménez*

## *Ensayo*

---

La receta gastronómica de Grenouille en *El perfume* de Patrick Süskind 34

*Berenice Zagasta Rivera*

Las consecuencias de lo extraño en la realidad 37

*Montserrat Pérez Fierros*



## Ambrosía

### Zadamanto



«Ambrosía. ¡Hasta el maldito nombre es pretencioso!» se quejó internamente Leo sin alterar su sonrisa perfecta. Le dió al *hostess* una propina equivalente al salario semanal de su sirvienta y no dejó entrever su indignación cuando, en vez de asignarle una mesa, le hicieron esperar en el bar junto a Paloma, la linda muñequita que lo acompañaba esa noche.

Leo detestó el lugar al instante, no tanto por la humillación de la espera, sino por el ambiente cargado de snobismo que lo hacía sentir inadecuado; como si estuviera en un museo de arte moderno rodeado de piezas absurdas, en vez de en un establecimiento dedicado a servir comida. Aún así, Leo reconocía que Paloma encajaba perfectamente con el estilo del lugar y comenzó a recitar su *speech* de cortejo con soltura y carisma, como tantas otras veces, con tantas otras “Palomas”.

Leo no estaba realmente interesado en lo que tuviera que decir su acompañante, pero contempló fascinado su elegante figura, su postura perfecta y su hermoso rostro de facciones juveniles. Reaccionó automáticamente a los comentarios de Paloma lanzando sonrisas, halagos y frases ensayadas que la hicieron reír en los momentos adecuados, mientras recorría con los ojos su delicado cuello hasta llegar al generoso busto que, estaba seguro, terminaría probando esa misma noche.

Para cuando se sentaron a la mesa, Leo ya había gastado más dinero de lo que normalmente gastaba en una semana y empezó a dudar de que una noche con Paloma valiera esa cantidad. «Está buena, sí. Pero tampoco tanto» se dijo mientras trataba de recordar por qué había accedido llevarla a ese lugar. «Fue porque me dijo que no» se recriminó a sí mismo, «se hizo la difícil y luego insistió en venir a este lugar... y yo caí como pendejo».

La carta era otro absurdo de nombres pretenciosos y precios exorbitantes. “Los Manjares de Ambrosía”, se leía en grandes letras doradas. Después, en conjunto con el extravagante diseño del lugar, venía una larga lista de nombres inverosímiles: Valentía de Madre, Laurel de Campeón, Ojos de Poeta, Lozanía Infantil y Don de la Nobleza, eran algunos de los nombres de los platillos.

—Yo iniciaré con Belleza Virginal, seguida de Voz de Patriarca —dijo Paloma sin molestarse en revisar la carta.

—Me temo que ya no tenemos disponibles esas variedades —se disculpó el mesero con ensayada amabilidad—. Los manjares de ambrosía son únicos y se agotan rápidamente. Pero si a la señorita le apetece, le puedo ofrecer algunos similares.

Sin esperar la respuesta continuó:

—Traeré para usted Virtud de Doncella seguido de Labios de Profeta. Estoy seguro que esa combinación agradará a su paladar.

Leo no estaba interesado en la comida, ni estaba dispuesto a seguir leyendo los ridículos nombres que aparecían en la carta, así que permitió al mesero hacer la selección y se concentró por completo en Paloma.

Aún no les servían la comida cuando Leo tuvo la certeza de que Paloma sería suya. Lo supo en el tono

de su voz, en sus miradas seductoras y en la forma en que hacía rebotar sus pechos al reír. Ella parecía estar disfrutando la velada y hablaba sin parar, aburriendo a Leo con su cháchara de niña rica. Mencionó un viaje, una villa y a una amiga que ya no le contestaba los mensajes. Sin importar lo aburrido de la conversación, Leo permaneció en su papel de pareja comprensiva y se enfocó en hacerla reír.

El esperado manjar resultó ser un platillo de mariscos parecidos a mejillones. Sus conchas eran alargadas, con bordes cuadrados, y tan frágiles que a Leo le recordaron uñas quebradizas; tenían también una especie de cola, que una vez frita se veía como una tira de cuero a medio masticar. A pesar de su aspecto repulsivo, el platillo desprendía un agradable olor a especias que Leo no logró identificar, pero que le abrió el apetito en un instante.

—Se ve asqueroso, pero huele bastante bien — comentó Leo, intentando reiniciar la conversación.

Paloma no le contestó. Estaba enfocada en su manjar. Lo veía detenidamente, inmóvil y con los ojos muy abiertos, como una ave de presa a punto de atacar. Sin previo aviso salió de su trance y comenzó a comer con ruidosa voracidad, mordiendo, chupando y tragando sin ninguna inhibición ante la mirada atónita de Leo. Se detuvo tan rápido como comenzó, dejando un puñado de conchas rotas en el plato y una sonrisa estúpida bajo su mirada perdida.

Leo no se esperaba eso, no estaba preparado para algo así y por un instante perdió el control de la situación. Un incómodo silencio cayó sobre ellos como balde de agua fría y el único distractor que se le ocurrió a Leo fue comerse una de las extrañas criaturas.

Intentó abrir la concha como si fuera un pistache; tras un leve tirón, la concha se rompió dejando expuesta la delicada carne de su interior. Un sólo bocado le bastó para darse cuenta que: la “cola” tenía una consistencia crujiente, que el platillo estaba cocinado con Verdejo, albahaca y azafrán, que se le estaba durmiendo la boca y que ese platillo era lo más exquisito que había probado en su vida. Lo devoró todo en un instante, dejando tan sólo conchas vacías.

El tiempo fluía lento y los colores cobraron vida. Leo reconoció patrones intrincados en la música de

fondo, en la textura del mantel y la barroca decoración del lugar se volvió fascinante. Se sumergió en la experiencia y apenas notó cuando Paloma se fue con el mesero mencionando algo sobre una sección exclusiva para clientes predilectos. A Leo no le importó que lo excluyeran, no le importó perder a Paloma ni tampoco regresar solo a casa. A Leo ya no le importaba nada, pues estaba disfrutando de la mejor noche de su vida.

No volvió a ver a Paloma. No esperó su contacto ni tampoco intentó contactarla. Leo sabía que solo había una oportunidad y que no todas las cacerías son exitosas. Olvidó a Paloma en un instante, pero no pudo dejar de pensar en los manjares que había probado esa noche. Regresó a la semana siguiente llevando consigo a otra acompañante de piernas largas y sonrisa fácil que, a pesar de su belleza, no logró despertar su interés. Leo tampoco prestó atención a la criaturita de la siguiente noche, ni a las que vinieron después. Leo ahora era un iniciado y los placeres terrenales ya no lo satisfacían. La comida era insípida y el sexo vulgar cuando se comparaban con el placer de la ambrosía.

En esa ocasión Leo llegó solo. Se había aficionado tanto al lugar que sus excesivos gastos ya empezaban a llamar la atención de su padre. Ahora reconocía los sutiles cambios de sabor entre las distintas variedades y había decidido que era preferible ir solo que privarse de la exquisitez de aquellos manjares. Sus platillos predilectos eran aquellos de nombres poderosos, estimulantes, que lo hacían sentirse vivo desde el primer bocado; aunque su favorito, Virtud de Doncella, le gustaba por la suavidad de su carne y el sabor sutil que le dejaba el cuerpo hormigueando de placer.

—Me temo que ese platillo se ha agotado —dijo el mesero cuando Leo solicitó su platillo habitual—. Pero puedo ofrecerle un manjar de gusto un tanto similar que se ha vuelto bastante popular entre nuestros comensales.

Pecho de Paloma resultó ser una delicia. Su carne era suave y su sabor le produjo una agradable calidez que le recubrió la boca y se extendió por su cuerpo, pero carecía de ese sabor particular que le fascinaba tanto y lo dejaba temblando de placer. «Parece que los Manjares de Ambrosía sí son únicos después de todo», se lamentó.

Después de devorar un segundo platillo, mientras Leo seguía con la mente embotada y los sentidos sobreestimulados, el mesero le hizo una oferta única en la vida: Gracias a su refinado paladar podría convertirse en *sommelier* de Ambrosía y le sería permitido probar los manjares cuando su sabor es más puro y sus efectos más intensos.

Leo aceptó al instante. Siguió al mesero a través de la cocina y recorrió un laberinto de bodegas y pasillos mal iluminados hasta llegar a una habitación de paredes oscuras y mesas de metal en donde se encontraba una infinidad de manjares recién cosechados.

Las extrañas criaturas se retorcían incesantemente formando enormes nudos de colas viscosas y conchas afiladas. El mesero encendió unas potentes lámparas y las criaturas, irritadas por la luz, protestaron inmediatamente haciendo entrechocar sus conchas y dando violentos coletazos. Ante tal escenario, Leo no pudo contenerse más y se abalanzó hacia los manjares. Los tomaba resbalosos con sus manos y sus dientes. Sentía las colas retorciéndose en su cara y al interior de su boca mientras las tragaba. Se cortó las encías con las conchas y pedazos de estas se encajaron en sus dedos, pero Leo no lo sintió. Leo solo sentía un placer cada vez más intenso que lo desprendía de la realidad y lo sumergía en un frenesí de sensaciones desbordantes.

Tirado en el suelo, con los dientes apretados y los músculos tensos, Leo perdió el control de su cuerpo. Su mente colapsó y su cuerpo se arqueaba involuntariamente como si fuera presa de un placer infinito o de un dolor indescriptible. Completamente paralizado, Leo sintió que la piel de su cara se estiraba hacia atrás, mientras él se impulsaba hacia adelante, empujando contra una membrana invisible que lo mantenía atrapado. Luchó contra aquella fuerza que lo apresaba. Luchó por escapar de su piel. Empujó hacia la nada con todo su ser. Hasta que finalmente se sintió explotar en un éxtasis luminoso que lo llevó a la inconsciencia.

Lo despertaron unas manos en la oscuridad, recorriendo su cuerpo desnudo; las sintió entre los dedos de sus pies, al interior de sus muslos, masajeando sus genitales, su cara e incluso introduciéndose en su boca. Las manos anónimas, cubiertas de látex, untaron minuciosamente una sustancia espesa y arenosa que le produjo

un hormigueo en la piel. Pronto estuvo completamente cubierto y el hormigueo se transformó en una intensa comezón. Sus ojos ardían, su entrepierna quemaba y su hinchada lengua permaneció flácida cuando intentó gritar.

A los pocos días ya no fue necesario mantenerlo paralizado, Leo se mantenía inmóvil por su propia voluntad, pues al menor movimiento las criaturas se alteraban y entonces el dolor se volvía insoportable. Su cuerpo estaba completamente lleno de agujeros, todos de distinto tamaño, todos con un manjar creciendo en su interior. Miles de conchas salían de aquellos orificios, creciendo largas como uñas de muerto. Se abrían y cerraban constantemente, y al entrechocar producían un castaño arrítmico que mantenía a Leo al borde de la locura. Pero el dolor no venía de las conchas, ni siquiera de las que crecían en su paladar, sino de los parásitos que se retorcían en su interior. Los más pequeños le daban una intensa comezón, mientras que los más grandes, los que estaban casi listos para ser cosechados, dolían espantosamente; pues no dejaban de moverse como lenguas frías retorciéndose bajo su piel, removiendo su carne y lamiendo sus huesos.

De vez en cuando un altavoz daba las órdenes de cosecha y el pabellón se llenaba de lamentos y quejidos de dolor. Las conchas producían un castaño ensordecedor que acompañaba a la monótona voz que recitaba los nombres absurdos de aquellos que serían consumidos. Amor Carmín, Pecho de Paloma, Memorias de Anciano, Velo de Inocencia... Corazón de León.

Las manos anónimas, indiferentes al llanto y a la súplica, comenzaron a trabajar con implacable eficacia dejando a su paso carne desgarrada y orificios supurantes. Los parásitos, intuyendo que su vida estaba por terminar, incrementaron su demencial castaño y se aferraron con desesperación a su hospedero.

Un tentáculo se enroscó en una costilla, unas manos lo arrancaron sin piedad y el cuerpo de Leo comenzó a convulsionar.

Un instante de dolor trajo a Leo la apacible oscuridad de la muerte, pero las criaturas continuaron agitando furiosas, sacudiendo y retorciendo el cadáver como una marioneta rota controlada por un ciego.



## El bosque donde las sombras bailan

---

Mafer Sánchez



**E**xiste una vieja carretera la cual solo valientes se atreven a usar. En el día es uno de los más bellos paisajes jamás vistos; pinos en sus dos extremos, tan altos y frondosos que es difícil ver el cielo, una suave y fresca brisa sopla provocando que las hojas de los árboles bailen a su compás y hay un estrecho lago que corre dejándose ver entre la inmensa arboleda. Pero cuando el sol cae, aquel bello escenario se pinta de una oscura negrura; la noche lo convierte en un siniestro lugar, iluminado

solo con una débil luz proveniente de la luna, la cual se escabulle entre las ramas.

Cuentan que existe algo que los acecha, escondido entre los grandes pinos; si observas bien puedes ver entre la inmensa oscuridad puntos rojos que se dibujan en ella. Ojos que te vigilan, con una atención perturbadora, acompañados de murmullos, voces llamándote.

Algunos dicen escuchar a una mujer que canta; describen la voz de un tono suave y delicado, como si de una sirena se tratase; otros hablan que es el llanto de un bebé, el cual tan solo aumenta cuando te alejas, provocando que despierte una inmensa preocupación y curiosidad por descubrir la causa de aquel gimoteo. Unos más dicen oír risas; risotadas fuertes y perturbadoras, las cuales provienen de todos lados, rodeándote, haciéndote sentir indefenso.

Aunque todo esto tan solo podría ser causa del viento; psicofonías atrapadas en la brisa, voces viejas perdidas en este mundo.

Pero las voces y risas no son solo lo que habita en ese bosque, existe “algo” que vuelve a este lugar mucho más peligroso y aterrador. “Urutaú” como lo han nombrado por su parentesco con el ave del mismo nombre, en el sonido que emite. Es una bestia que se columpia entre las ramas de los pinos, provocando que las hojas y las piñas caigan al suelo, esta criatura no hace más que danzar entre rama y rama mientras replica su pequeño canto, el cual es difícil de percibir si no se presta la suficiente atención, tal vez un susurró, un lamento o un silbido; nadie lo sabe, pero algo en lo que sí coinciden los rumores es que cuando lo escuchas querrás arrancarte los tímpanos.

Solo unos pocos se atreven a detener su viaje para averiguar el origen de aquellas espeluznantes risotadas, pero ya nadie los vuelve a ver. Aunque existen testimonios de aquellos casos peculiares en donde hay sobrevivientes, encontrados a la orilla de la carretera; los pueblerinos cuentan que su cuerpo está ahí pero su mente se encuentra perdida, algunos rumorán que el bosque se los llevó, otros que la voz los hechiza para siempre, llevándose su alma y dejando tan solo un cascarón vacío. Las víctimas solo hablan de Él; nadie sabe qué es, pero los “idos” (así se les llama a los que se atrevieron a entrar al bosque) tan solo desvarían sobre un inmenso árbol, del cual surgen miles de sombras que lo custodian, llamándolos.

Los viejos dicen que es un guardián, protector del bosque; el cual se siente amenazado y busca venganza por todo el daño que le hemos hecho a la madre tierra. Le guardan un gran respeto pero también un gran temor, cuentan que todas las noche pero principalmente en luna llena todas las sombras y seres del bosque se reúnen donde él se encuentra para danzar y llamar a los oscuros, entes del bajo astral, en busca de su ayuda en esta batalla por su sobrevivencia; ya que la luz los ha abandonado. Estas noches de luna llena es cuando el "Urutaú" está más presente y activo, provocando accidentes con los autos que pasan, haciendo que

nunca más se sepa de los dueños; los carros cuentan con marcas de garras y vidrios rotos, incluso con manchas de sangre pero nunca hay sobrevivientes.

La gente que vive a unos cuantos kilómetros de aquella carretera advierten a los viajeros que no viajen de noche, pero si pretenden hacerlo, existen tres reglas que deben seguir y acatar al pie de la letra si desean volver sanos y salvos.

Número uno: Mantén la vista al frente en todo momento y no mires los espejos retrovisores; si viajas con alguien más deben tapar las ventanas laterales.

Número dos: Por más que la voz insista en llamarte; no importa lo que diga, por más tentador que sea, ignoralo. Sube el volumen de la radio o reza, solo si eso te hace sentir a salvo.

Número tres: Jamás, por ningún motivo te detengas; y si llegarás a hacerlo nunca entres al bosque. Si tu auto llegará a fallar y terminas varado en medio de la carretera, no salgas de él, cierra todo, tapa las ventanas y reza, reza tan fuerte como te sea posible, esperemos que tu fe sea tan fuerte como para invocar un milagro divino.

Porque si eso no sucede Él te llevará y serás uno más en la lista de sus víctimas.

Nadie recuerda qué carretera es, pero sí el kilómetro. Cuidado con el kilómetro 15, donde Él llama a todos.

Recuerda que en los días de luna llena, en el Bosque del kilómetro 15 las sombras danzan y los oscuros salen por sangre.

Pero tranquilo, te digo algo que te puede ayudar y te brindará un poco de consuelo, sólo los "elegidos" son dignos de estar ante su presencia y ser parte de sus seguidores, algunos rumores dicen que los "elegidos" son marginados, aquellos que más rotos se encuentran.

Sólo ellos son dignos de bailar entre sombras...

¿Qué cómo sé esto?

Porque yo bailo con el diablo.



---

## El hombre del poste

José Servín



El niño juega con sus cochecitos Hot Wheels, abollados y despintados, por tanto estrellarlos contra los muros del pequeño apartamento, de su diminuto hogar. Juega junto al ventanal, ese que nunca se abre, ese que funge como barrotes invisibles. El niño juega y de reojo ve lo que ocurre al otro lado del mundo. No recuerda la última vez que caminó por el pasto verde y luminoso del parque frente al condominio.

Su mente es joven. Con el paso del tiempo, los ojos de los demás, junto con sus miradas, se han hecho

nebulosos, parte de una fantasía parecida a la que construye con sus cochecitos destartados.

Su madre habla por teléfono. Angustiada como siempre, el mismo llanto contenido de todos los días. Los lentes oscuros de mosca la mantienen envuelta en misterio.

—¿Crees que yo no quiero salir? No me puedes hacer esto...

El niño sigue con su juego. Desliza los coches de aquí para allá. Los imagina llenos de niños como él, sedientos de movimiento, curiosos de todo y todos. Imagina el sol en las pieles de los que van en el convertible rojo, ya sin parabrisas. Sonríe al pensar en las conversaciones que tendrían, en los debates sobre las decenas de caricaturas que ve. Su mundo imaginario lo tiene contento, no le presta atención a los gritos que su madre lanza por teléfono a su padre por abandonarlos.

—¡No sé qué hacer con él! ¡Ya no puedo!

Al percibir movimiento afuera, voltea con lentitud. Ve a un hombre, vestido de azul, gorra roja y gruesos guantes amarillos. Se encuentra agarrado del poste junto al edificio. Lleva un cinturón repleto de herramientas.

Los ojos del niño se iluminan. Aquel hombre se parece mucho a un personaje animado de una serie que ve todas las mañanas. Y lo mejor es que lo tiene a muy pocos metros de distancia, cosa rara al vivir en el cuarto piso. Es el ser humano, además de sus padres, que tiene más cerca desde hace más de un año.

El niño abandona sus coches y se pone de pie. Pega las palmas de las manos en el ventanal y lanza un tímido pero entusiasmado hola. Su madre no se percató, sigue con los reclamos a su todavía marido.

—No puedo con el miedo. Estoy sola, Alberto. Me siento sola. A veces... a veces quiero que se duerma... Que se duerma y así se quede. Con sus ojitos cerrados, con esos malditos ojos cerrados para siempre.

El niño se queda atento al hombre del poste, lo necesario para que sienta la mirada y lo ubique. El tipo sonríe y deja lo que hace para saludar con la mano al niño. El pequeño ríe emocionado y devuelve el saludo. Sin saber por qué, busca su mirada, igual que hace con

todo ser vivo que se le atraviesa. Igual que hizo con los perros y gatos que sus padres le habían llevado para no sentirse solo. Igual que con su maestra y compañeritos, hace un par de años, ese día donde se quedaron dormidos y los gritos y el pánico hicieron que sus padres huyeran de la ciudad a ese departamento donde no conocían ni veían a nadie.

El hombre del poste encuentra la mirada del niño. Le sonrío, hasta que algo sucede. Una chispa invisible. Algo que de pronto estalla en silencio. Entonces deja de saludar. Su sonrisa desaparece.

El niño suelta una carcajada de felicidad. Le encanta hacer lo que hace con humanos y animales. Le encanta chupar eso que lo llena de una energía inmensurable y saciante. El hombre del poste llora y babea hasta convulsionarse. Hace que los cables en el cielo se meneen como si danzaran para el niño.

Las carcajadas infantiles llaman la atención de la madre. Cuando ve al tipo a lo lejos, suelta un grito que no inmuta a su hijo. Deja caer el teléfono y se abalanza al niño por la espalda para taponarle los ojos con las manos.

Es demasiado tarde. El hombre del poste ya no es hombre, sino carcasa. Se suelta, como muñeco de trapo, hasta caer al pavimento con el ruido de un huevo gigante al romperse.

La madre llora, se desmorona. Los enormes lentes de sol la protegen, mas no ocultan su desgracia. No suelta a su hijo, a su pequeña bendición. El niño ríe y se regocija. Es feliz. No importa que lleve más de un año encerrado en ese departamento.



## La risa

José Roberto Serrano Hernández



**F**ue durante la madrugada del segundo día de semana santa en que Matías, un niño de 9 años, volvió a escuchar esa risa a la que tanto temía.

La había oído por primera vez en un sueño la noche anterior, y pese a que había olvidado la mayor parte de lo que había soñado, el sonido de aquella risa ya se había grabado para siempre en su memoria.

Durante el día hubo lapsos en los que pensó en ello, en esa risa macabra que lo había hecho saltar de la cama empapado en sudor frío, pero cada vez que trataba de recordar, de aproximarse nuevamente a rincón de su cerebro, un frío espectral le recorría la espalda, un frío que jamás en su vida había sentido antes. A Matías eso no le gustaba. Aunque pudo haberlo hecho, la verdad es que Matías se negaba a contárselo a su abuela o a su madre, pues pensaba que ellas ya estaban demasiado ocupadas con otras cosas como para interesarse en la

pesadilla que había tenido. Por más pequeño que fuese, Matías no era ningún tonto; él ya sabía lo que eran las pesadillas, las había tenido antes, y con un precoz raciocinio había aceptado que aquello solo debía haber sido una pesadilla, una de esas que se olvidarían con el pasar del tiempo.

Pero ahí estaba la risa, esa misma risa que le había acosado en sueños la noche anterior. Pero esta vez estaba despierto.

Al principio había creído que estaba teniendo el mismo sueño, pero cuando el inconfundible sonido de la risa volvió a oírse cuando se sentaba en la cama, un miedo terrible invadió a Matías.

Esa risa, esa asquerosa y temible risa parecía retumbar en su cuarto, similar a como lo hacían los trenes que solían pasar cerca de su casa. Sonaba como la risa de un hombre; uno muy alto, uno que debía tener la voz más profunda que había oído jamás. Pero había algo más, algo que no había escuchado durante su sueño, o que al menos no recordaba haberlo hecho. Aquella risa parecía deformarse en algo más, algo que recordaba a un animal. Parecía el alarido de un cerdo, como uno de los que vivían en el rancho de su abuela. Recordaba escucharlos cuando se bañaban en el lodo, o cuando estos corrían desatados por el establo. Pero esto era distinto; este cerdo, o esta cosa que sonaba como uno, gruñía y lo hacía de una forma que jamás había escuchado. Eso no sonaba como un cerdo normal. Se oía furioso, descontrolado y hambriento.

Para ese momento Matías ya se había ocultado bajo las sábanas de su cama. Un miedo terrible lo asolaba. Aquel era un miedo distinto, de esos que te hacen doler el pecho y rogar porque se terminen. Entonces Matías escuchó algo más: algo estaba tocando su puerta, pero no era de la manera en que lo hacían su madre o su abuela. Algo golpeaba la puerta, y lo hacía con una fuerza tal que podía oírse el crujir de la madera. Y mientras tanto la risa seguía y se hacía cada vez más profunda, tanto que se retumbaba en la cabeza de Matías. Entonces, llevado más por la desesperación que por otra cosa, Matías comenzó a rezar. Era el padre nuestro, la primera oración que le había enseñado su

madre, la oración que, según ella, podría combatir a cualquier mal que lo atacara. Al principio no le salían las palabras, pero cuando Matías tomó esa valentía que lo hacía hablar en voz alta, aquella oración pareció dar sus frutos. Para su sorpresa, aquella risa que le había atormentado se oía cada vez más baja. Primero se fueron los golpes, y poco después aquella malévola risa se desvaneció en el silencio de la noche. Lo había logrado. Se había salvado.

Pero para Matías, aquello era solo el inicio.

Para su sorpresa, Matías fue visitado más veces en las noches posteriores. Era esa risa. Aquella maldita risa parecía haberse obsesionado con él. Pero ahora Matías sabía cómo combatirla. No sentía la necesidad de decirle a su madre o a su abuela del problema, pues se sentía capaz de afrontar la situación que se le presentaba.

Durante las siguientes noches Matías usó el padre nuestro como su arma de defensa. A pesar de que no sabía qué clase de ente era, aquella cosa que emitía la risa podía ser ahuyentada por esa oración que Matías cantaba con tanta fe y amor. En más de una ocasión Matías llegó a la iglesia del pueblo y estando ahí le rezó una y otra vez al cristo crucificado que ahí descansaba para fortalecer su fe. Desde que tenía memoria, Matías y su familia habían ido a esa iglesia y al joven Matías se le había enseñado a dar adoración al cristo del pueblo, el cual según sus pobladores, era la luz a la que muchos acudían para salir de la oscuridad.

Y así los días pasaron. Y en todos ellos Matías se enfrentó una y otra vez a esa risa que trataba de atormentarlo, pero entonces el desenlace llegó.

Fue durante la última noche de semana santa en que Matías se dispuso a enfrentar una vez más a la risa que lo había acosado todo ese tiempo. La esperó por horas, pero por más que el reloj avanzaba, aquella risa no mostraba intenciones de aparecerse. No fue hasta muy entrada la madrugada que Matías finalmente se quedó dormido.

Y entonces pasó. Para sorpresa de Matías, lo que le despertó en esa ocasión no fue la risa, sino algo más, algo que no tardó en perturbar la calma de la noche. Se

oía como una respiración, pero una de alguien enfermo, alguien que parecía sufrir de dolor cada vez que sus pulmones tomaban aire. Al principio el sonido era casi imperceptible, casi como un susurro en la noche, pero aquel singular ruido, aquella respiración enfermiza fue haciéndose cada vez más fuerte, tanto que ahora era imposible no oírla. Se oían los quejidos, el resoplar, los suspiros de alguien que parecía ya no poder soportar más una vida de agonía y sufrimiento. La cosa es que la respiración no venía de la puerta del cuarto como había ocurrido con la risa, esta vez aquella respiración venía de debajo de la cama.

Matías lo podía sentir; sentía como la cama se movía cada que esos quejidos inhalaban el aire para después sacarlo con inconfundible dolor. También se sentía un aire pesado, uno que le hacía difícil respirar. Se sentía una presión inmensa, tanto que para Matías ya era imposible ignorarla sin sentir que algo le hundía los hombros con dureza. Como lo había hecho las otras veces, Matías volvió a recurrir al padre nuestro, esa misma oración que había sido su estandarte desde que tenía memoria. Pero esta vez no funcionó.

Matías volvió a intentar: Nada.

Lo volvió a intentar: Nada.

De alguna manera, aquella respiración parecía no sentir efecto por esa misma oración que Matías había usado para mantenerse a salvo. ¿Pero qué era esa cosa? ¿Qué quería con alguien como Matías? ¿Qué iba a pasar? Para desgracia de Matías, aquella última pregunta estaba a punto de contestarse.

Mientras estaba ahí, tapado con la cobija hasta la cara, un ruido diferente llegó al cuarto de Matías. Eran los golpes, esos viejos malditos golpes que lo habían acosado antes, pero esta vez era distinto.

Influenciado por un terrible espanto, Matías escuchó cómo esos golpes parecían destrozar la puerta. Para ese punto él no sabía qué hacer. El miedo le había dominado del todo; estaba paralizado, tanto que ahora ni siquiera en su mente podía ver una posible reacción. Pensó en gritar pidiendo ayuda a su abuela y su madre, pero había algo que le impedía hacerlo. Para Matías, algo en el ambiente hacía que el aire fuese casi imposi-

ble de respirar. Las ideas se le iban y eran reemplazadas por el pánico más brutal que jamás había vivido... y de pronto sucedió.

De la misma manera impredecible que había llegado la risa durante esa noche, algo pateó tan fuerte la puerta del cuarto que el golpe llegó a la pared del otro lado, haciendo un agujero en ella. Matías se ocultó aún más en las sábanas, pero el ruido de unos pasos que venían hacia él le hicieron congelarse por completo. Y de nuevo llegó la risa, esa terrible risa que terminaba en los alaridos de un cerdo, pero uno monstruoso, uno que podría erizar la piel de cualquiera.

Para ese punto Matías ya no rezaba. Solo lloraba, y lo hacía de la misma forma que cuando era aún más pequeño. Entonces sintió que tenía algo frente a él, algo que solo era tapado por la sábana que le cubría. Para cuando finalmente se quitó la sábana de encima, un rostro terrible se levantó ante él.

Aquella risa que le había atormentado por todos esos días venía de lo que parecía ser una sonrisa, una tan monstruosa que apenas y era divisible en la oscuridad de la noche; sus ojos eran pequeños y huecos, tanto que su profundidad se hundía en el abismo de la noche. Su piel, pálida como la tela, tenía un brillo espectral que la hacía resaltar en la noche. Aquel rostro terrible, aquella imagen de caos y pesadilla se alzaba frente a Matías, quien solo lloraba aterrado mientras era testigo de la imagen más abominable que sus ojos podían soportar. Mientras tanto esa cosa reía, y lo hacía con una malicia terrible, con una voz profunda que se deformaba en gruñidos de miles de cerdos hambrientos que esperaban insaciables por abalanzarse al pequeño Matías. Entonces, justo antes de que el horror se liberará del todo, Matías vio como esa aberración pálida con corona de espinas paraba de reír y le decía con total malicia algo que le destruyó lo que le quedaba de espíritu.

—¿Qué, ya no me vas a rezar?



## Luces fuera

Yuli Itzel Flores Hernández



Cada noche la oscuridad parecía tomar vida. No le gustaba la casa de noche, sola o acompañada era lo mismo, un miedo la invadía en cada rincón, su única tranquilidad eran sus gatos, no la salvaban de los fantasmas, pero la hacían feliz, los cuidaba con su vida. Ellos, cómo entendiendo, se quedaban la mayor parte del tiempo en su cuarto.

Todos los días intentaba durar lo menos posible en el baño y encender cuántas luces podía, repitiéndose a sí misma: “lavarme los dientes en chinga, bajar la tapa antes de bajarle al baño, apagar las luces rápido y correr al cuarto, pero sobre todo, no te levantes al pinche baño en la noche, nunca”.

Ya se había lavado los dientes y aún sentía el sabor de la pizza en la boca, no quedaba más remedio que lavarlos de nuevo. Impulsada por el miedo, cepilló más fuerte mientras se miraba de frente en el espejo, tan

fuerte como para sentir las cerdas rasgar sus encías y el sabor de la sangre en su boca. La misma historia de siempre al anochecer, cepillarse los dientes hasta sangrar intentando no mirar hacia atrás, ni de reojo por el espejo, ni volteando la cabeza. Aunque, igual que cada una de las noches anteriores, motivada por la curiosidad de sorprender si algo o alguien la miraba, echaba un vistazo por el rabillo del ojo a través del espejo.

¡Puag!

Escupió todo lo que su boca contenía, admiró un momento la resaltante sangre en la blanca espuma sobre el lavabo, y mientras se incorporaba miró de reojo por el espejo hacía la oscuridad del pasillo, notó una sombra alta y borrosa parada en el marco de la puerta, se sobresaltó y volvió la vista al frente cerrando los ojos con fuerza para calmarse, cuando lo hizo, se giró lentamente, ahí no había nada, había sido solo su imaginación.

—Mensa, ya te estás volviendo loca —se susurró a sí misma.

¿Con quién más hablas si vives sola?

Los gatos no cuentan, no son suficientes.

Salió del baño dejando la luz encendida, bostezó y bajó hasta la cocina, era la primera luz que apagaba todos los días, ya tenía una rutina.

A veces se quedaba hasta muy tarde viendo series en la sala, pero esta vez ya tenía mucho sueño, mejor se iría a su cuarto, si se quedaba dormida ahí sería más cómodo y le daría menos miedo.

Subió corriendo las escaleras, apagó la luz del pasillo, luego la del baño y corrió a su cuarto para no quedarse en la oscuridad y correr el riesgo de que la atrapara algún fantasma.

Se sentó en la cama cuidando no aplastar a ninguno de sus gatos, en la noche ya todos estaban ahí, solo le quedaba a la vista el hueco de la puerta mitad oscuridad y mitad luz.

—Pinche teléfono.

Se trababa seguido, fallaba, se quedaba sin señal y eso le frustraba, ¿Qué tal si necesitaba la lámpara?

Lo que más le aterraba era mirar a la oscuridad.

¿Un vistazo? ¡No! ¡Nooo! ¡Noooooo!

Solo uno, uno, sabrás si te ven.

Su mente jugaba seguido con ella, miles de voces retumbaban en su interior, y ganaban. Al final siempre miraba, por curiosidad, aunque esa maldita haya matado al gato.

—Miró —susurró una voz riéndose.

¡Miró! ¡Miró!

Solo un vistazo bastó para que se le helara la sangre, una criatura negra y monstruosa subía rápidamente las escaleras, su sonrisa de dientes afilados, del tamaño de media pizza familiar resaltaba en las penumbras. Fueron segundos pero parecieron minutos, en los que aquella cosa subía y torcía su cabeza dejando la sonrisa en la parte donde deberían estar los ojos, sus garras raspaban el suelo y le causaban escalofríos. Para su sorpresa, el instinto no la paralizó, la hizo correr a cerrar la puerta, aterrada, haciendo saltar a los 4 gatos al suelo.

—¡Es mi imaginación! Es mi imaginación, mi imaginación —se repetía una y otra vez.

Saltó a la cama, desdobló la cobija y se escondió bajo ella temblando de miedo.

—Es mi imaginación...

Poco a poco, como si hubieran notado el susto, sus gatos se fueron subiendo a la cama, tocando con sus patitas su cuerpo, cómo si le hicieran señas para que saliera de su escudo.

Sacó la cabeza, los vio frente a ella y se sintió segura, luego una mano hasta el codo, alcanzó a manchas y lo acarició, la otra mano hasta el codo, intentó abrazarlos a todos mientras lloraba del susto.

—¿Fue solo mi imaginación verdad, bonitos? —Les susurró con voz mimada.

—¡Shhh! —El alma se le fue a los pies y la sangre se le hizo un témpano de nuevo. —No fue tu imaginación.

¿Manchas había hablado? No, no puede ser posible es solo un gato, un gato.

Los demás parecieron reírse, varias risas en un coro maligno que marcaba su agonía.

—No es tu imaginación.

Aquello que pensó era una pila de ropa sucia sobre algo habló.

Se sentó de golpe en la cama, recargando su espalda en la pared, aún con lágrimas en los ojos podía notar a la figura frente a ella, sentada sobre su ventilador, la oscuridad no era impedimento para notar su silueta, sus garras y la enorme sonrisa de dientes puntiagudos.

—¿Qué te pasa? —Habló cínicamente la criatura.

—¿Te comió la lengua el gato?

Su sonrisa se hizo más grande mientras reía a carcajadas.

—¿No me extrañaron?

—No sé quién eres.

Le hubiera gustado decir que conocía esa temible voz, pero no lo hacía.

Sus gatos ya no ronroneaban, no maullaban, de nuevo miró de reojo. Hubiera deseado no hacerlo. Sobre ella se cernían cuatro más de esas criaturas, una en especial le sonreía al lado de la cara, tan cerca que podía oler su hedor y sentir su respiración.

—¡No lo recuerda! —gritaron los otros cuatro burlándose.

Estaba segura de que se había orinado en la cama, lloraba y temblaba tanto que seguramente la cama también se movía, ¿qué había hecho para merecer aquella tortura?

—No me ayudaste cuando te necesité. Perejilo, me decías.

No, no es posible, Perejilo se murió envenenado, cuando llegué era demasiado tarde.

—Cuando te llamé esa mañana llorando tú solo reíste, pensaste que jugaba, pero yo sufría. Antes de que te fueras rasguñé tus pantalones buscando ayuda. Me abrazaste y me dejaste solo. Ni ellos pudieron ayudarme.

Seguramente estaba pálida, si no había entendido mal, aquellas cosas horribles eran sus gatos.

—Fue un accidente, yo te amaba —no podía dejar de llorar ante ellos.

—No fue suficiente.

Lo último que vio antes de quedarse dormida fue a la cosa más cercana abalanzarse sobre ella para morderle el cuello, seguida por las otras cuatro, que ignoraban sus lágrimas y gritos rogando despertar.



### ¡Muerte gatuna!

Claudia García, vecina del 512 de la colonia azul, fue encontrada sin vida en su casa después de dos días de ausencia.

La policía cree que sus gatos comenzaron a comer su cadáver, sin embargo no pudieron encontrarlos. Según el forense, las marcas de las mordidas no concuerdan con las de un gato. "Lo que la mató fue la mordida en el cuello, es tan grande como la mitad de una pizza familiar". Declaró el forense en exclusiva para nuestro periódico.



## Purificación

Leslie Macías



**U**n día más. No sé qué día es en realidad, solo sé que es otro. Llevo meses sin saber del tiempo ni de mí mismo. En algún momento mi familia huyó; sin embargo, yo quise seguir y ahora estoy solo.

Ya es más de medianoche y sigo sentado frente a la computadora, ya no hay más café y las cosas no parecen ceder. Los papeles me cubren de orilla a orilla, los pendientes caen como avalancha. Llevo tantas horas frente al monitor que comienzo a perder los sentidos mientras que todo me da vueltas. La única fuente de luz en la habitación proviene de este; la mía se apagó hace tiempo. El mareo continúa y un pitido comienza a sonar en mis oídos. Soy el último que queda, así que no puedo pedir ayuda.

Acomodo mi postura para ver si me ayuda en algo, pero no pasa nada. Son las cuatro de la mañana y mi cuerpo ya está muy cansado, llevo días sin dormir. Si

no me detengo empeorará. Sé que en algún momento moriré, pero no quiero que pase ahora.

Apago la computadora, tomo el *post-it* más cercano y lo aviento al aire.

—Un pendiente menos. -digo en mi mente, mientras exhalo fuertemente.

Me levanto y abro un poco la cortina que está junto a mí para observar la calle. Veo a un hombre arrastrándose frente a mi puerta y a una familia de ratas tras de él, es un desconocido que probablemente esté huyendo de sí mismo. Vuelvo a cerrar la cortina. He tomado tanto café que mi estómago me está gritando para ir al baño, si no lo hago será peor. No alcanzo a llegar y me baño en mi propio vómito, es viscoso y oscuro, diferente al de la vez pasada.

Ahora quiero darme una ducha, necesito purificarme de todos ellos. Si no lo suelto, perderé aún más la cabeza. El mareo ya bajó un poco, pero aún no estoy del todo consciente. Me agacho y abro la llave de la tina, rechinando y haciendo que el sonido resuene por toda la casa, me desvisto lentamente intentando no caerme.

Ya pasaron diez minutos y la tina está llena. Entro lentamente, el agua está perfecta, tan caliente que puede derretir mi piel. Perfecta para purificarme.

Comienza a salir el primero, es una sanguijuela que se asoma lentamente desde mi ombligo. Es grande, pero no tan grande como las anteriores, o eso parece. Tengo que tomarla para poder sacarla por mi cuenta o no podré disfrutar de mi ducha. Inhalo profundamente, sé que esto dolerá. Poco a poco empiezo a sacarla, el dolor se hace cada vez más insoportable. Exhalo, y vuelvo a inhalar. Tengo que seguir. La sigo jalando y cada vez se hace más grande. Su forma es distinta a las demás, es más redonda y negra. Ahora es más grande que mis puños. El dolor me quema. Necesito sacarla y llevarla al agua para que muera. Empieza a gritar, suenan como lamentos, no sabía que podían hacerlo. Tengo que jalarla de una vez y terminar con esto, pero necesito descansar. Tomo más aire para dar el golpe final, apoyo mis piernas en los costados de la tina y jalo. La sangre empieza a bañarme, la estoy tragando, es asqueroso y a la vez satisfactorio. Estoy muriendo.



## Sonambulismo

---

Hiram Osiris



Desde hace tiempo no he podido dejar de pensar en la carne humana, me la imagino en un filete, cocinada, ahumada, cruda... En mi boca yace una boa que se mueve desesperada por la sangre, y un sabor vívido empieza a orbitar sobre mis papilas, ahí me doy cuenta de que estoy salivando y despierto abruptamente.

Mis sueños no son normales, algo tiene que ver este pueblo. Llegué aquí cuando empezaron a mandar tropas estacionarias a diferentes pueblos del país, a mí me tocó en este, aún no me han mandado compañía. Aunque sigo solicitándola no he recibido carta alguna de regreso, seguro hay un error por parte del correo.

Sin nadie con quién platicar ni compartir nada, los días arden ante mis ojos, y caen como breves incendios que transcurren entre la oscuridad y la soledad. Han pasado seis meses y parece como si diciembre fuera eterno, y fue al principio del invierno cuando empecé a tener estos extraños pensamientos.

Últimamente en vez de pequeños copos blancos cae brea del cielo, se hacen pequeños montículos y parecen vivos, todo parece como si lo estuviera soñando, no puedo contarle a nadie de esto, aquí ni los pájaros cantan de la misma manera, es curioso. No obstante, extraño en cierta medida la acción de las barricadas, del sonido incesante de los coches o los gritos del general. En cambio, lo único que recibo es un aeroplano que pasa por la inmensidad del cielo y ante los ojos y oídos de cualquiera es una mosca nada más.

Cada que camino por la calle, para entretenerme y cuidar la soledad y la nada, saludo a uno que otro pueblerino, aunque no me conozcan ni yo a ellos, siempre recibo una mirada con desdén de su parte. Supongo que deben de sentir algún tipo de rechazo hacia mí,

hacia lo que represento, pero no creo que sepan lo que el enemigo planea, es nuestro deber cuidar a la nación. Creo que otra posibilidad es que el problema sea yo, no debo de tener la mejor de las personalidades, pues mis cicatrices sangran más allá de mi cuerpo.

La única persona con la que he podido congeniar un poco es con el doctor del pueblo: Dr. Lébedev. Siempre me ofrece una botella de licor, y siempre la acepto, nos saludamos y me da consulta gratis cada semana. Es un buen hombre al cual le he empezado a tener cariño. Últimamente me han salido ronchas a lo largo del cuerpo, así como sangre en la orina y bastante náuseas, él dice que con el licor y las pastillas que me da no hay nada de qué preocuparse.

Mas no puedo ignorar lo que de noche sucede, entiendo que estén acostumbrados a tener las luces prendidas, pero más de una vez les he repetido que deberían de dejar las bombillas apagadas por su seguridad, que con el brillo de una vela debe de bastar. Pero me siguen ignorando, normalmente en la noche se escuchan voces, pero las ignoro, es cada fin de mes o algo por el estilo que se escuchan unos cánticos, como si de un ritual se tratara, de igual manera no le presto atención y le doy un trago al licor del doctor, pongo mi almohada sobre mi cabeza y quedo noqueado.

Sí, me da curiosidad saber qué ocurre antes del clarecer, no obstante, prefiero no relacionarme con el pueblo, es mejor para ellos, es mejor para mí. Pero de algo estoy seguro y es que esto no sucedía antes del invierno, quizá sigan haciendo pequeñas reuniones para no pasar frío, tal vez el doctor es quien lleva las botellas con alcohol y pasan noches amenas. Espero que el doctor les hable bien de mí, que él les haga ver que no soy ningún tipo de persona horrible.

Mis rutinas son rápidas y precisas, en el ejército valoran mucho la pulcritud, durante los años he arrebatado un par de vidas, en parte es por eso que tomo licor antes de dormir, funciona como relajante, casi me acabo la botella para ahogar los rostros que surgen en mi mente, pero ahí escucho mi voz que resuena en otra boca, que resuena en más bocas, pero sé que no son reales, que lo único real es la niebla que habita dentro.

No me gusta la guerra, sin embargo, sí la extraño, pero supongo que tengo algo de maldito ahora, no sabría cómo regresar a los brazos de mi madre con lo que he visto, con lo que he hecho. Añoro el día en que esto termine, para ahogarme en la mente de otro hombre. Pero el viento hace y deshace los sueños, y sé que mi castigo será vivir con esto en la mente el resto de mis días.

Hoy mis lágrimas sirvieron como sustituto del somnífero. La botella que recién me había regalado el doctor seguía en mi abrigo, la pereza en parte ayudó para que yo no me la bebiera, y no había recogido la de la noche anterior, esta sigue ahí sobre mi buró junto al vaso que siempre utilizo.

Despierto bien entrada la madrugada con aquellos extraños cánticos que hace el pueblo, me levanto para asomarme a la ventana y una luz está postrada frente a mi puerta, antes de que desaparezca sostengo mi puñal con fuerza preparándome para lo peor.

Entra, oigo cómo sube las escaleras hasta pararse en frente del umbral de mi dormitorio.

—¡Ah! — espeta una voz conocida—. Perfecto, botella vacía.

En seguida él aplaude cinco veces y mi cuerpo se levanta por su cuenta, estoy petrificado, no puedo ni abrir los ojos para ver quién es. Él se me acerca cada vez más hasta que llega a mi oído, mientras me susurra una palabra que no alcanzo a escuchar, pero mis ojos se abren. El Dr. Lébedev me está tocando la cara, el pecho, me revisa como lo hace normalmente en la clínica. Quiero preguntarle qué hace, pero ahora no tengo ni voz que resuene en mi cabeza ni en la de otro hombre.

—Acompáñame.

Y me fui detrás de él, como un perro al que le robaron su voluntad. Caminé hasta llegar a la casa del doctor, era un poco más grande que las demás y tenía un gran comedor, pero lo que más llamó mi atención fue que afuera había un letrero que leía: El sonámbulo.

—Siéntate.

Estoy ahora sin ropa, y con mi puñal en mano. Intento gritar, pero no sale nada. El comedor del doctor

es amplio y solo hay una lámpara que apunta directamente en donde estoy sentado como un perro. Todos los rostros de los hombres que he matado empiezan a aparecer.

De entre las sombras que no cubría la lámpara del comedor la gente se acerca, pero en un cierto ritmo, dos pasos para adelante, bien marcados, que hacen temblar el suelo, y empiezan a formar un círculo. Un paso para atrás y la lámpara tambalea. Y se repite hasta que todos se cierran y forman el círculo en silencio. Después con sus pies pisotean sin ritmo, asemejando criaturas salvajes.

—Calma, calma. Primero y antes que nada buenas noches damas, caballeros y sonámbulo. Sean bienvenidos nuevamente a este nuestro espectáculo preferido, ¿quién está preparado para ver a estos dos hombres pelear a muerte? — dos hombres avientan al general frente a mí. —Esta noche es algo especial, dado que nuestro amigo sonámbulo no se tomó el líquido especial que preparamos con mucho cariño a nuestros visitantes—todos abuchean al unísono. —Me percaté de esto cuando lo recogí en su habitación, no obstante, sigue bajo mi gran poder, así que sin mayor preámbulo... ¡Qué comience el placer!

—Estás viendo todo esto, ¿no? —Me dice mirándome fijamente y agarrándome de la cara con un rostro casi lascivo. En un instante, donde todo parece inmóvil, él me grita y el resto del pueblo resume sus cánticos —¡Ataca!

El General que me gritaba para corregirme se desvaneció, ahora está frente a mí, gritándome, tratando de detenerme. Se abalanza, hace de todo, pero nada tiene resultado, todo lo hago de manera inconsciente, soy una bestia y con el cuchillo le rebano los dedos. Me pide piedad, me pide perdón, qué tuviera compasión, pero yo no era yo, y no podía decírselo, no podía parar, me controla algo más que mi mente. Le corto la yugular y empieza a desangrarse. Empiezo a salivar, volteo con el doctor.

—¡Parece que tenemos un ganador! ¡¿Están listos?!

—¡Come!



## Tili

Estrella Gracia González



*Tili-tili-bom, cierra tus ojos pronto,  
alguien ve a la ventana y toca la puerta.  
Tili-tili-bom, grita el pájaro nocturno.  
Ya está dentro de la casa para visitar  
a los que no pueden dormir.  
Él camina, él viene... cerca.  
Tili-tili-bom  
¿Escuchaste a alguien a tu lado?  
Escondido en la esquina,  
y viéndote directamente.  
Tili-tili-bom  
Toda la silenciosa noche se esconde  
para ti es robado  
y va a capturarte  
Él camina...él viene...cerca.*

(canción de cuna de origen ruso)

Esta canción de cuna la cantaba mi abuelo frente a la ventana, mientras se iluminaba su rostro por la luz de la luna. No sé si era la canción la que me obligaba a dormir o el incesante sonido de la mecedora desgastada, pero cada noche que yo ingresaba al sueño sentía que mis sábanas eran invadidas por manos huesudas que raspaban las plantas de mis pies, desde los talones hasta los dedos. En las noches de canícula el sudor picante en mi cabeza me despertaba, aun así, evitaba hablar con mi abuelo a quien solo de reojo miraba

ahí en esa oscuridad, meciendo y peinando alguna de mis muñecas, que después colocaba en la repisa y se marchaba dejando la puerta abierta, jalándola con el viento que provocaba al pasar generando en ella un ligero rechinar.

Lo que me intrigaba saber era con quién platicaba mi abuelo, porque en cuanto salía de mi habitación se escuchaban otras voces y otros pasos. Yo nunca vi a nadie más en la casa, solo a mi madre que llegaba los sábados al medio día y se marchaba el domingo por la tarde. Era feliz cuando la veía llegar; cada semana traía una muñeca que su patrona le regalaba para mí, aunque a mi abuelo le gustaban más, yo hubiese preferido tener a mi madre, pero era ella quien sostenía la vieja casa y se tenía que marchar.

Un día en la comida le pregunté a mi abuelo con quién platicaba por las noches; él interrumpió su sopa, dijo que platicaba con las almas en pena, esas que logran escapar del tártaro y que van a las casas en busca de rincones o espejos que habitar.

—¿Pero, por qué vendrían a esta casa?

—Porque a las casas viejas invadidas de soledad es a donde llegan.

Creo que mi abuelo nunca tuvo miedo a nada porque siempre cargaba con una biblia de bolsillo. Yo siempre tuve miedo, y más a Tili, porque, aunque para mi abuelo solo fuera una canción de cuna yo siempre lo percibí. Ahí, en cuclillas, sentado en el rincón tras la

cortina del baño o su silueta al final del pasillo a contraluz y en cada habitación, parado en total silencio con la puerta entre abierta, mirándome fijamente con esas cavidades oscuras (porque no tenía ojos) mostrando la negrura en su boca a través de una mueca.

Al siguiente fin de semana mi madre me trajo de regalo otra muñeca, una que su patrona conservaba de muchos años y creía que ya era tiempo de dejarla ir. Una muñeca muy bonita a la cual llamé Carol. Era grande como una niña de seis años, blanca como la porcelana, de rasgos finos y cabello largo y negro, aunque algo enmarañado, pero mi abuelo en una noche entonando Tili, se lo arregló. Desde que Carol llegó no volví a mirar a Tili, tampoco a escuchar aquellas voces nocturnas, por fin me sentí a salvo, mi nueva muñeca lo había ahuyentado.

Una noche me perdí en el sueño, ni siquiera recuerdo haber escuchado el canto del abuelo, pero lo que no olvido fue la mano huesuda tocando mis pies, ¡jalándome!, ¡jalándome!, me jalaba de la cama para llevarme. Grité fuerte, aterrada, intentaba agarrarme de la cabecera de la cama, de las almohadas, de lo que fuera; abrí los ojos, no era un sueño, era mi abuelo que entre lamentos desesperados me jalaba hacia él. Alguien en el pasillo caminaba con una vela y por el reflejo que se colaba por la puerta vi la cara ensangrentada de mi abuelo, mismo que no tenía ojos ni lengua. Horrorizada lo pateé, zafándome de él y quedando arrinconada en

la cama. Lloré sin comprender lo que ocurría mientras veía agonizar a mi abuelo. De repente la desgastada mecedora comenzó a rechinar, el rostro de Carol fue iluminado por la luz de la luna mientras peinaba su cabello cantando Tili-tili-bom. Las repisas estaban vacías, ninguna de mis muñecas se encontraba ahí, risas espeluznantes se escucharon y pasitos, muchos, muchos pasitos cortos. Las muñecas comenzaron a entrar a la habitación y se sentaron en el suelo, todas sonrientes y atentas a mí, como si yo fuese el escenario.

—¡Shhh! —hizo Carol desde la mecedora y todas callaron—. Él camina... él viene... cerca —dijo susurrando.

Tili apareció con la vela en la mano. Poseía los ojos de mi abuelo. Lo último que recuerdo es que abrió su enorme boca acercándose a mí. Después de eso solo supe que me encontraba en una repisa, en una habitación que nunca había visto.

## Concierto en el inframundo



Liliana Parra

Cuando sus pies tocan el escenario,  
su persona muere y nace un artista.  
Surgen dioses y encantan a sus seguidores  
con su canto, los llevan a su inframundo,  
los siguen tal flautista de Hamelín.

Almas en pena ardiendo en la sanación,  
almas en salvación;  
se preparan para volver a la vida,  
renacer y soportar los pesares del mundo.

Cuán dolorosa es la muerte,  
pero bendita y exquisita,  
solo así deja de doler,  
se deja de sentir,  
la pena del ser.

Dolor pasajero,  
festín del alma,  
vuelta a casa,  
la vida continúa  
a la espera del próximo concierto.

## La violencia del Morado

Ru Becerra



Tú sientes algo distinto  
cuando ves azul o rosa.  
En sangre piensas con tinto,  
pero yo imagino otra cosa.

Mas déjame aquí yo hablarte  
de mi violento morado.  
Si esto llega a perturbarte  
pido lo dejes de lado.

Toma en tu mano el azul que dejan atrás  
la belladona o el cianuro gasificado,  
mézclalo con el rojo de tu sangre y verás  
cómo aparece el profano morado.

Este en un color que apesta  
a podredumbre avanzada.  
Morada es siempre la fiesta  
de larva y mosca saciadas.

Los moretones veamos;  
color de sangre molida,  
de piel si nos ahogamos  
y de hipotermia sufrida.

Los hematomas, marcas de estrangulación,  
también al negro precede en la gangrena  
y, seguro, del cáncer morada es la canción.  
Así, violenta cuerpo y vida sin vacilación.

## Quemando sueños



Emilio Prieto Palavecino

Ya llega el tren fantasma  
Humeando cientos de cuerpos,  
Ya viene el tren fantasma  
En líneas de hueso entero.

El tren fantasma está penando  
Y miles de voces gritan en todo su largo,  
Llantos y quejas, hay millones detrás de rejas.

El tren fantasma tiene sus primos,  
Camiones y otros que quizás también traigan niños  
Las líneas llegan a una estación sin vida  
Donde el humo sale todo el día.

El tren fantasma no detiene su andar  
Va y viene, viene y va,  
Después de cada viaje, gritos y quejas deja  
Pero humeando miles de cuerpos se aleja.



## Yo no sé si existan los fantasmas



Jorge Alberto Rascón

Yo no sé si existan los fantasmas,  
si acaso en este mundo, universo,  
existen cosas sobrenaturales,  
fuerzas más allá de las leyes elementales  
de la vida y la muerte.  
Pero tampoco puedo negar,  
que he sentido, como todos,  
esa sensación, detrás de la nuca,  
que crece cuando estamos  
acercándonos a algo que podría ser innatural.  
Tal vez aún existan cosas  
que no podamos explicar,  
situaciones más allá de nuestro entendimiento.  
O tal vez y solo se trate  
de nuestra conciencia entendiendo  
la oscuridad que nos rodea en el momento.  
Tal vez, sea nuestro inconsciente,  
que, analizando la situación, el ambiente,  
la escenificación que nos rodea,  
aquellas señales inequívocas de maldad  
que cruzan el umbral del tiempo;  
y así, esté tratando de gritarnos,  
que ahí, donde estamos,  
sucedió algo terrible  
y si no huimos podríamos ser el siguiente  
instante de atroz dolor que quedará suspendido  
en el tiempo, por siempre.





## El cuadro en la pared



Yuraima Trujillo

De la casa vieja lo que más impresiona no son las tablas del piso que se vuelven polvo al pisarlas ni las ventanas cubiertas por un extraño velo.

Lo que me hace encomendarme al rosario enrollado en la muñeca son los retratos que cuelgan de las paredes. No importa hacia donde me mueva o como cambie mi perspectiva, los rostros desteñidos parecen seguirme con la mirada.

El más escalofriante es el cuadro medio roído por las ratas de una mujer con ojos de gato, la uniceja tupida y una sombra que parece cruzar su rostro en todo momento. Por algún motivo me resulta familiar.

Me mira (como si supiera algo de mí que yo misma desconozco) y escapo hacia otra habitación justo cuando, estoy segura, esboza una sonrisa. Doy vueltas por toda la casa, cuidándome de no tocar nada o de no pisar demasiado fuerte el suelo de madera que amenaza con venirse abajo de un momento a otro.

Ensimismada en ello, camino en círculos sin notarlo, hasta que el último pasadizo me trae de regreso al cuadro de la extraña mujer, que ya no posa en el lienzo con su mirada inquisitiva. Ahora el retrato está vacío.

Los chillidos de las ratas corriendo en el falso techo me hacen mirar hacia arriba y choco de frente con unos ojos felinos que parecen supurar una viscosidad amarilla que no cae, sino que va empapando la madera podrida, formando extrañas manchas húmedas que a veces toman formas grotescas, bocas abiertas en una mueca escalofriante, una sombra que me cruza el rostro de repente y arde como quemada por una brasa.

El rosario yace en el piso y la mujer de la uniceja lo toma, se lo enrolla en su mano y se va silbando una canción oscura, yo sigo sus pasos con la mirada, mientras mi figura inmóvil comienza a desteñirse dentro del marco roído por las ratas.

## El regalo



Liz Magenta

Las luces del árbol parpadearon en tonalidades magentas, amarillas y azules. Líneas luminosas enmarcaban los rostros de la familia Durán. Uno a uno colocaron las brillantes esferas alrededor del árbol, y sus ojos destellaban de felicidad.

Las frutas que hervían dentro de la olla en la estufa comenzaron a soltar su sensorial aroma, inundando la sala de olor a guayaba, manzana, dulce anís y canela.

El padre, al fin, se estiró en un último esfuerzo para colocar la estrella en la punta de ese pino artificial. Los chicos acomodaron regalos envueltos en papel de fantasía. Entre aquel montón de cajas decoradas, la hija mayor acomodó el regalo que Edna, una compañera de clases, le había dado en el intercambio escolar. Al recordarlo pensó en lo extraño de la situación, ya que desde que iniciaron la prepa Edna lo único que le había demostrado era su envidia, celos y constante desprecio. Sin embargo, debido a su ingenuidad, aceptó el obsequio creyéndolo una disculpa y llegó a colocarlo al pie del pino que lucía repleto de esferas, luces y escarchas.

La madre sirvió jarros con ponche. En el estéreo sonaban villancicos modernos mientras que a su alrededor, un aire polar, un frío absoluto, un viento que cortaba las mejillas descubiertas, comenzó a filtrarse por las rendijas de puertas y ventanas. A pesar de estar tomando una bebida caliente, la familia sintió el frío sepulcral en cada hueso, vértebra y músculo que comenzaba a entumirse, pensando que en esa ocasión el cambio climático se había hecho más evidente. Sin sospechar, sin imaginar siquiera que mientras ellos reían al unísono, sentados al comedor, a sombra oscura, un espeso humo negro, una silueta que poco a poco se tornaba femenina se deslizó cuál bruma entre la caja del regalo de Edna. Muy lento asomó sus dedos negros, largos, afilados, fuera de la caja hasta tocar el piso y fue alzando su detestable figura hasta quedar erguida. Solo un par de pupilas amarillas, fúlgidas, tornasol, del mismo

brillo intenso que el de los ojos de las bestias en la madrugada, podía mirarse de aquel ente estático, de una altura anormal, que desde aquella noche, sin descanso, paseó las afiladas yemas de sus dedos por las pieles durmientes, soplando su aliento húmedo, pantanoso, putrefacto, por los oídos que soñaban terribles escenas y despertaban angustiados sin saber por qué. Y así fue cada una de sus noches, hasta que finalizó aquel año con la muerte de la hija mayor...

Hay regalos dulces, esperados, anhelados con desespero, y regalos como ese, que nunca, nunca, deberían llegar a ningún lugar.

## La curiosidad no mató al gato



Héctor Daniel Olivera

Todavía está fresca la tinta negra y roja pergeñada sobre las páginas del código maldito. Las letras capitulares, trazadas con reverencial esmero, son la llave de entrada a secretos, alquimias y brujerías. El nigromante es consciente de haber firmado su sentencia de muerte al consignar aquellos conjuros en el pergamino, pero ya está presto a morir y acepta la sentencia siempre que su grimorio le sobreviva y lo justifique. Terminado el trabajo, el brujo duerme, agotado por la emoción de haber finalizado la obra de su vida, y sueña, premonitoriamente, que la Inquisición lo quemará junto a sus libros.

Mientras su amo sestea, Azrael, el gato negro del hechicero, merodea curioso sobre el scriptorium y con torpeza derrama el tintero manchando las almohadillas de sus patas. Sus huellitas se imprimen en las páginas sobre las que pasea desvirtuando caligrafías y erosionando invocaciones. De repente, un latigazo eléctrico encorva al animal que eriza sus pelos mientras expele un bufido aterrado y de sus fauces brota un maullido gutural y agónico. Una experiencia de muerte posee y sacude al felino que pierde una vida para ganar siete. Por ciencia infusa el

conjuro del elixir de la inmortalidad se ha transferido, aunque incompleto, de las hojas del pergamino a la mascota. Pasado el trance, Azrael no ha alcanzado la eternidad, pero está más cerca de ella que ningún otro ser vivo, atributo que legará a sus descendientes.

## La cabaña



Silvia Carus

Tras un largo día de caza, el leñador se encontró perdido en el medio del bosque.

Comenzaba a oscurecer y a consecuencia del desespero iba perdiendo sus sentidos. El miedo irracional, también empezaba a instalarse en su cuerpo poco a poco.

Después de lo que le parecieron horas caminando sin un rumbo determinado, divisó una pequeña cabaña iluminada, permitiéndole darse cuenta de cuánto la noche envolvía más y más el bosque, entonces sin otra expectativa en mente, decidió pasar allí la noche.

Encontró la puerta entreabierta, preguntándose si habría alguien ahí dentro. Nadie respondió. En sigilo, el cazador entró y se tumbó sobre una cama que ahí había. Cuando miró a su alrededor permaneció atónito de ver tantos retratos colgados de las paredes, todos pintados con detalles increíbles. Sin excepción, todos parecían que le miraban con odio y malicia. El cazador intentó ignorar aquellas caras de rencor y se concentró en un sueño profundo que duró toda la densa noche.

A la mañana siguiente, despertó; pero algo estaba erróneo. En el preciso instante que los rayos de sol entraron por la ventana e iluminaron la cabaña por completo, descubrió que no existía ningún retrato, solo había grandes y numerosas ventanas acristaladas.

## La Picadura Roja



Efrain Nadal de Choudens

Debbie y Christopher llegan de un día de pesca, uno más entre tantos otros que han realizado, pero con la excepción de que en esta ocasión fueron a una zona sumamente remota de las marismas. Terminaron con mucho barro en la ropa, quemados por el sol y con una infinidad de picaduras de mosquitos. Las piernas de Chris están cubiertas por miles de puntos rojos y Deb las está mirando con una sonrisa burlona. Ella también está cubierta de picaduras, pero no tiene tantas como él ya que tenía pantalones largos y utilizó repelente de insectos.

En su muslo izquierdo, Christopher tiene una pequeña picadura producida por algo más que un simple mosquito.

Chris entra al baño, abre el grifo y deja que el agua caliente corra rápido por su cuerpo, lo que le provoca una sensación de alivio en sus piernas. Sus brazos, parte de su pecho, espalda y cara también tienen picaduras, pero no son tan numerosas e incómodas.

Después de la ducha y de una cena ligera carente de pescado fresco, optaron por ver una película en el cuarto. Chris se rasca el muslo izquierdo con suma insistencia. Tiene un área hinchada y más roja que las demás. El área es del tamaño de un níquel, casi transparente y perfectamente redondo. Pasa su dedo sobre ella y un dolor agudo corre por toda su pierna. Deb aplica crema antibacteriana sobre el área y apaga el televisor. Están muy cansados y se duermen al instante.

La noche pasa con tranquilidad. Deb despierta llamando a su marido, pero él no responde. Ella mira en dirección de Christopher y grita aterrada. Desesperadamente salta de la cama al notar los ojos de Chris sumamente abiertos, pero apagados. Deb comprende que su marido se encuentra sin vida. Cuando finalmente logra recuperar parte de su fuerza, quita la sábana que cubre el resto del cuerpo de Christopher. La hinchazón se ha ido pero el área roja se ha extendido por toda su pierna y gran parte del

cuerpo. No puede imaginarse qué tipo de infección pudo hacer eso, pero si pudiera mirar a un nivel microscópico, descubriría la verdadera causa de la muerte de Chris. Millones de microscópicos ácaros rojos están chupando su sangre. Corren por todas sus venas y arterias, tomando todos los fluidos del cuerpo de Chris. Un ejército que es invisible a simple vista y el cual se ha extendido más allá del cuerpo del joven. Un ejército que ha marchado sobre las sábanas de la cama...

Gran cantidad de lágrimas continúan cayendo de los ojos de Deb, mientras que ella se rasca una parte del brazo que le pica de una manera muy incómoda e inusual.

## Zumbido



Karla Hernández Jiménez

Después de mover cada una de las diminutas partes de sus ojos, las moscas ya habían encontrado un nuevo objetivo.

Moviendo sus alas a gran velocidad, llegaron a aquel callejón oscuro, llenando el aire con su zumbido habitual, frotando sus patas al comprobar que aquella noche tendrían un festín después de muchos días sin haber probado bocado.

Usando la pequeña protuberancia de sus bocas, sorbieron con gusto los fluidos que se extendían de manera desordenada en el piso.

El líquido que emanaba de la cabeza reventada de un hombre en descomposición estaba exquisito a pesar de los pútridos aromas que despedía, o al menos así se presentaba ante las moscas que chupaban con gula la sangre derramada en el asfalto. Para las moscas, siempre había sido un problema encontrar alimento. Pero desde que había empezado aquella ola de asesinatos en Ciudad Parásito, su dieta había mejorado considerablemente.

Mientras tanto, el asesino que pronto sería conocido como el infame J. Rotten ya estaba observando a su próxima víctima a través del brillo de su cuchillo. Mañana, las moscas tendrían más alimentos.

La

Receta

Gastronómica

de Grenouille



# La receta gastronómica de Grenouille en *El perfume* de Patrick Süskind

Berenice Zagasta Rivera



Sin duda alguna, uno de los placeres más extraordinarios que puede experimentar el ser humano es el del arte culinario. Degustar la vida en un plato mientras explotan los sentidos es un recuerdo propio que se impregna en el alma. Relacionar la gastronomía con el crimen ciertamente no resulta tan descabellado, después de todo hay que matar para alimentarse. Algunas mentes asesinas gozan de un pensamiento psicológico bastante complejo. Se dice que, inconscientemente, el ser humano, en ocasiones, presenta actitudes propias de los caníbales. El hecho de desear morder a las otras personas lo comprueba.

La gastronomía presente en la literatura funciona como un elemento puramente interesante debido a que aporta materiales importantes para distintas áreas de investigación. Sin embargo, es necesario exaltar la particularidad que ejerce la gastronomía en los textos policiales, de suspenso y horror. Obras de estas categorías resaltan sobre todo los colores negro y rojo y a su vez, es una característica propia de la muerte y la violencia ejercida sobre los seres vivos. Por otro lado, en la cocina también hay sangre, condimentos. El chef prepara la carne, la corta y suaviza, la condimenta y la convierte en algo sublime. Un asesino del mismo modo tiene su propia receta, una receta, se podría decir, gastronómica.

El *perfume* de Süskind expone el erotismo y la belleza de la muerte femenina. En este caso, los cuerpos femeninos se convierten en el plato prin-

cipal de la receta gastronómica de Grenouille. Jean-Baptiste Grenouille el genio de la nariz privilegiada, el de la increíble paradoja del olor, ese de quién no se tiene aroma alguno pero es quién conoce todos los olores. El bebé nacido entre las inmundicias de Francia, para convertirse en el rey de las fragancias. Grenouille se preguntará todos los días qué esencias tienen el perfume más hermoso del mundo. Obsesionándose, a partir de ese instante, por todos los traumas psicológicos de su pasado. Desde el primer momento de su existencia fue rechazado por su madre<sup>1</sup> quien intentó asesinarlo.

Así pues fabricará el mejor perfume vengándose de su madre a través de las mujeres para finalmente amarse a sí mismo y que todos lo amen a través de su “arte”. Entonces ¿cuál ha sido su primer ingrediente? Ha sido pues, una dulce y hermosa muchacha pelirroja, un ángel de alma perfumada que sedujo los más bajos instintos de Grenouille hasta que él logró apagarla. Quiso conservar su aroma entre sus manos pero fue imposible. Y lloró porque vino la muerte con su olor repugnante. Desde entonces comenzó su taller que fácilmente podría llamarse en este caso, “gastro-

---

<sup>1</sup> Eduardo Brailer explica a través de la investigación de Sigmund Freud, que la madre en el recién nacido es quien proporciona identidad y protección. El ser humano, al ser abandonado por su madre, sufre la herida narcisista.

nómico” con la finalidad de beber el olor de sus víctimas.

Jean-Baptiste perfeccionaba y experimentaba con técnicas distintas, primero con plantas y flores, luego con animales, hasta que finalmente, fue con los seres humanos. “El resultado reveló que lo más apropiado para la captura del olor humano era una combinación de grasa de riñones de cordero y cebo de cerdo y vaca, purificados varias veces, en una proporción de dos por cinco por tres, junto con pequeñas cantidades de aceite virgen” (Süskind, 195). “Lo que codiciaba era la fragancia de ciertas personas: aquellas, extremadamente raras, que inspiran amor. Tales eran sus víctimas”. (196) Necesitaba veinticuatro doncellas para crear el perfume.

1: *Había que fijarse bien.* “Siempre se trataba de muchachas que acababan de convertirse en mujeres y siempre eran las más hermosas y, en su mayoría, de aquel tipo moreno y seductor... dulces de tez blanca... castañas y rubias oscuras siempre y cuando no fueran muy delgadas” (203-204). Necesitaba una forma cautelosa de poder capturarlas a todas sin ser descubierto en su cacería.

2: *Un golpe en la nuca o la cabeza* bastaba para que las doncellas entregaran su cuerpo al chef.

3: *El siguiente paso* consistía en cortarles el cabello para después proseguir con la grasa. “Era un trabajo que requería su tiempo, ya que se trataba de distribuir la grasa en capas de diferente grosor según el lugar del cuerpo que tocarían las distintas partes del paño. La boca, las axilas, el pecho, el sexo y los pies despedían mayores cantidades de aroma”(Süskind).

4: *Cuando ya había pasado un tiempo suficiente,* había que succionar con cuidado toda la grasa de nuevo y mezclarlo en alcohol.

5: *Después había que poner el contenido en un tubo* de destilación con un poco de fuego.

6: *El perfume siempre sale por el tubo* de enfriamiento de una botella florentina. Para ser finalmente guardado en un frasco de esencias.

7: *Al término* de haber cosechado las veinticuatro esencias, había que mezclarlas todas juntas. Jean-Baptiste Grenouille crearía el perfu-



me más poderoso del mundo, “un perfume según todas las reglas del arte” (200-201).

Todo esto resulta escalofriante pero hay que recordar que así como lo hizo Grenouille, existen otras formas de asesinatos. Algunos otros prefieren cocinar a sus víctimas, beber su sangre o prefieren, en específico, alguna parte de sus cuerpos como los ojos, el corazón, etcétera. La finalidad de tratar estos puntos es que todos los seres malintencionados siempre siguen un proceso lineal y pulcramente preparado para acabar con sus víctimas. Similar al recetario de cocina, haciendo que cada cual de estos agresores tenga el suyo.

En *El perfume* los cuerpos de las doncellas siempre aparecían en las calles en espera de ser



encontradas. Estaban desnudas de su esencia pero intactas de su inocencia. Actualmente así aparecen las doncellas, muertas y desnudas en las zanjas. La diferencia de ahora es que no basta solo con apagarlas sino que también son mancilladas. Los asesinos siembran flores en las bolsas de basura, en las tinas de hoteles, en los campos retirados, en cisternas, en su propia morada, en el agua, en el fuego, ya están en todos lados. Las dejan a su suerte o en poder de otras alimañas sin alma como Grenouille.

Las mujeres por alguna razón son el ingrediente favorito de mentes psicológicamente enfermas. El asesinato a la mujer parece ser más erótico y “divertido” dentro del imaginario colectivo a diferencia de un hombre. Ellas siempre son la presa, el territorio a conquistar. Las mujeres desnudas en los asesinatos dejan sus cuerpos expuestos a las miradas morbosas, por la delicadeza y belleza de su anatomía. En las historias de vampiros, la sangre de las damas resulta ser la más vital, en las historias infantiles las princesas siempre son secuestradas y así podrían mencionarse muchos otros casos.

Jean-Baptiste Grenouille asesina a las mujeres por el daño psicológico del abandono y otros traumas que desarrolla a lo largo de su vida. Él toma la vida de las mujeres para concretar sus planes sin importar los medios que sean necesarios. Süskind crea a un asesino cauteloso que si bien, asesina a las doncellas, deja que conserven su virginidad, a pesar del erotismo producido por la belleza de sus cuerpos. Su trabajo es puramente artístico porque simplemente así va su receta.

## Bibliografía

- Süskind, Patrick. *El perfume*. España: Editorial Planeta Mexicana, 2015. Impreso
- Brailer, Eduardo. “Gemelos e inseparables. La estructura narcisista gemelar y las figuras parentales”. *Revista Internacional de Psicoanálisis*. No. 008, 2001.



## Las consecuencias de lo extraño en la realidad

Montserrat Pérez Fierros



Lo que no puede ser explicado por las leyes de la naturaleza es sobrenatural. Nos referimos a las situaciones, objetos o sensaciones que rebasan el conocimiento empírico del ser humano y por tanto se consideran anómalas. Estas irregularidades a menudo suelen, dada su composición, tener efectos severos. Razón por la cual, los aspectos sobrenaturales que permiten jugar con la realidad son un ejemplo de las consecuencias antes señaladas. Tal aseveración permite señalar el objetivo principal de esta reseña: describir cómo lo extraño causa distorsión y provoca horror. Dicho presupuesto se encuentra en los cuentos de Amparo Dávila, compilados en el libro *Material de lectura*, 81 (2010). Llegados a este punto es importante resaltar la increíble capacidad de lo insólito para

alterar al hombre y su entorno. La gravedad de la perturbación, así como el tiempo de duración, dependen enteramente de las características del evento catalizador. Lo que abre la posibilidad a la existencia de una gran cantidad de sucesos distintos e irrepetibles.

Los incidentes a los que nos referimos son provocados por el horror y no por otro sentimiento, como el terror, es necesario tenerlo en cuenta para evitar futuras confusiones. Estos términos, comúnmente confundidos, son de naturalezas distintas. El primero se produce sólo cuando entra en juego lo sobrenatural, y el segundo tiene su referente en objetos alterados de la cotidianidad. La postura que nos interesa es recurrente en la obra de Amparo Dávila (México, 1928), destacada

escritora mexicana, ganadora del premio Xavier Villaurrutia (1977). El texto en cuestión muestra hogares del siglo xx en los que ocurren situaciones extrañas, los eventos son causados por un ente sobrenatural y provocan un cambio tanto en las moradas como en los moradores, quienes sucumben a la repulsión. En pocas ocasiones una intervención llega a provocar horror. En este caso lo incita el desequilibrio que ocurre a nivel mental, emocional y físico, es inevitable. Se trata de la reacción natural humana frente a aquello que supera nuestra cognición.

¿Qué reacciones se esperan en estos escenarios? Las respuestas son variadas y dependen de cada individuo. Se advierten dos en común: desconcierto y aversión. En *El huésped*, el primer efecto del ser sobre la familia es la alteración de sus hábitos, luego de la exposición a él, aparece el horror. Dado que la criatura pasaba la mayor parte del tiempo en su habitación no la veían, pero por la noche y después de varios días, la situación cambió, “Cuando salía de su cuarto comenzaba la más terrible pesadilla que alguien pueda vivir” (Dávila, 2010, p. 7). Según Julia en *La señorita Julia*, las ratas de su casa impedían su sueño, entonces modificó su rutina para eliminar a los animales, estos eran las martas cebellinas de su estola. En consecuencia, un elemento poco común en el entorno logra desequilibrar mente y cuerpo, lo que orilla a la repulsión al individuo. En definitiva, lo sobrenatural altera y horroriza a quienes viven o presencian tales eventos. Frente a estos sucesos actuamos de manera similar. Se debe a nuestro inmanente instinto de supervivencia. El hombre tiende a rechazar lo que no conoce.

La distorsión de una rutina puede no ser motivo suficiente para alejarse del origen de lo perturbador. Es después de una prolongada convivencia con lo extraño que el trato se vuelve intolerable. Esto se debe al inicio de la etapa del horror. En conclusión: la deformación de la realidad, producto de lo sobrenatural, es la afable antesala del severo horror que se aproxima. Este retraso no evita su llegada, en su lugar prolonga la experiencia.

Dando como resultado un efecto final completamente inaguantable. Desde mi punto de vista, el alargamiento del periodo de alteración produce un efecto final mucho más terrible. Es así como los cuentos de Amparo Dávila nos develan que no estamos preparados para enfrentar situaciones fuera del canon natural y, en dado caso de toparnos con ellas, no saldremos victoriosos. Podremos prepararnos para esperar lo inesperado, pero siempre habrá algo que logrará sorprendernos y descolocarnos. Ese es el curioso encanto de lo sobrenatural.

### **Bibliografía:**

Alberto Chimal. (2020). Amparo Dávila: una escritora desde la oscuridad. *Este País*. Disponible en: <https://estepais.com/cultura/amparo-davila-una-escritora-desde-la-oscuridad/>

### **Referencias:**

Dávila, Amparo (2010). Material de lectura, 81. México: UNAM.

S

